

IMPERIALISMO Y COMERCIO INTERNACIONAL

(El intercambio desigual)

Arghiri Emmanuel
El intercambio desigual

Charles Bettelheim
Intercambio internacional y desarrollo regional

Samir Amin
El comercio internacional y los flujos
internacionales de capitales

Christian Palloix
El problema del intercambio desigual

Arghiri Emmanuel
El problema del intercambio desigual
(respuesta a Palloix)

Arghiri Emmanuel
El proletariado de los países privilegiados participa
en la explotación del tercer mundo

Charles Bettelheim
Los trabajadores de los países ricos y pobres tienen
intereses solidarios

C12 (1)

Imperialismo y comercio internacional / Cuadernos de Pasado y Presente

AMIN PALLOIX EMMANUEL BETTELHEIM IMPERIALISMO Y COMERCIO INTERNACIONAL (EL INTERCAMBIO DESIGUAL)

Cuadernos
de Pasado y
Presente

PYP

24

Indice

<i>Advertencia</i>	V
Arghiri Emmanuel <i>El intercambio desigual</i>	5
Charles Bettelheim <i>Intercambio internacional y desarrollo regional</i>	38
Samir Amin <i>El comercio internacional y los flujos internacionales de capitales</i>	67
Christian Palloix <i>La cuestión del intercambio desigual / Una crítica de la economía política</i>	100
Arghiri Emmanuel <i>El problema del intercambio desigual</i>	133
Arghiri Emmanuel <i>El proletariado de los países privilegiados participa en la explotación del tercer mundo</i>	164
Charles Bettelheim <i>Los trabajadores de los países ricos y pobres tienen intereses solidarios</i>	169
Notas	175

Samir Amin

El comercio Internacional y los flujos
internacionales de capitales

La teoría de las relaciones económicas internacionales plantea mal su problema, o más exactamente plantea un falso problema. Ella parte, en efecto, de la hipótesis de que en las relaciones internacionales los protagonistas son las economías capitalistas "puras". Así, el marco de razonamiento no es diferente para el análisis del intercambio internacional del concebido para el análisis de la acumulación interna: se ubica en el marco del *modo de producción capitalista*. Esta hipótesis conserva un sentido para el análisis del intercambio internacional entre "países desarrollados". Pero no lo tiene en lo que concierne al intercambio entre "países desarrollados" y "países subdesarrollados". Aquí es necesario ubicarse en un marco de razonamiento diferente: el de las relaciones de intercambio entre *formaciones socioeconómicas* distintas. ¿Cuáles son, concretamente, esas formaciones? Ahí está el verdadero problema. Anticipando nuestras conclusiones las calificaremos de *capitalismo del centro y capitalismo de la periferia*. Puesto que su extensión está fundada en la ampliación del mercado interno, las formaciones socioeconómicas concretas del capitalismo del centro se particularizan porque el modo de producción capitalista no es, en ellas, solamente *dominante* sino que tiende a convertirse en *exclusivo*. Se entiende pues que el modo de producción capitalista, considerando la progresiva desintegración de los modos de producción precapitalistas, conduzca a la sustitución del modo de producción capitalista reconstituido a partir de los elementos dispersos nacidos de esta desintegración. La formación socioeconómica concreta tiende a confundirse con el modo de producción capitalista, lo que justifica el análisis

de Marx y su afirmación de que dicho análisis, presente en *El capital*, es el del sistema real hacia el cual tiende el país capitalista más evolucionado de su época, Inglaterra. Por el contrario, las formaciones socioeconómicas del capitalismo de la periferia tienen de particular que el modo de producción capitalista es, en ellas, dominante, pero este dominio no conduce a su *exclusividad tendencial* porque la extensión del capitalismo está fundada, aquí, en el mercado externo. De ello resulta que los modos de producción precapitalistas no son destruidos, sino transformados y sometidos al modo de producción dominante a escala mundial y local: el modo de producción capitalista. El "subdesarrollo", término impropio para designar las formaciones socioeconómicas del capitalismo periférico, consiste, pues, en *formaciones de transición bloqueada*.

Al no ser *El capital* la teoría de las formaciones socioeconómicas en general sino la del modo de producción capitalista, dado que es la crítica de la economía política como su título lo indica, no hay en Marx una *teoría de la acumulación a escala mundial*. Esta teoría no aparece sino en ocasión de la *acumulación primitiva*, pero como la *prehistoria* del modo de producción capitalista. Ahora bien, esta prehistoria no ha terminado. Ella se prolonga, dada la extensión del capitalismo en escala mundial. Paralelamente al mecanismo de la acumulación propia del modo de producción capitalista —la reproducción ampliada— continúa operando un mecanismo de acumulación primitiva que caracteriza las relaciones entre el centro y la periferia del sistema capitalista mundial.

El comercio mundial y los movimientos internacionales de capitales: las evoluciones esenciales

Antes de abordar la crítica de la teoría corriente de las relaciones internacionales y de procurar trazar las líneas generales de una teoría de esas relaciones que permita ubicar su lugar en la problemática general de la acumulación a escala mundial (vista bajo el ángulo restringido de los problemas que conciernen a las relaciones entre el centro y la periferia del sistema capitalista mundial), es bueno recordar los hechos esenciales y las evoluciones significativas concernientes al dominio de esas relaciones. Tales hechos y evolu-

ciones son conocidos en sumo grado, pero es propio de la teoría universitaria corriente hacer como si se los ignorase, lo que conduce a la "teoría" a "especializarse" en falsos problemas y a evitar los verdaderos interrogantes, método esencial para hacerle desempeñar su papel de ideología apologética.

El desarrollo del sistema capitalista mundial ha pasado por distintas etapas. Y a cada una de ellas corresponde un sistema diferente de relaciones entre el centro y la periferia, caracterizadas por sus funciones particulares. Bajo este ángulo histórico se debe distinguir:

1) el período de la constitución del capitalismo: la "prehistoria", que se extiende hasta la revolución industrial de los siglos XVIII y XIX y que se puede definir por el carácter mercantil dominante del capitalismo;

2) el período de expansión del modo de producción capitalista en el centro, caracterizado por la revolución industrial, la dominancia esencial del capital industrial nuevo y la forma competitiva del mercado capitalista: es el período "clásico", cuando el sistema capitalista está ya suficientemente formado para que Marx pueda hacer su análisis fundamental, riguroso en su esencia;

3) el período imperialista de los monopolios —en el sentido leninista de la expresión— que se inicia a fines del siglo XIX.

Las relaciones entre el centro en formación (Europa occidental) y la periferia nueva que aquél se constituye para sí en la época mercantilista son esenciales en la génesis del capitalismo. Las relaciones comerciales de esta época son cuantitativa y cualitativamente un elemento fundamental del sistema capitalista en formación. El comercio internacional entre Europa occidental por una parte, y el Nuevo Mundo, las factorías orientales y africanas por otra, constituye cuantitativamente lo esencial de los intercambios mundiales. Una gran parte, sin duda la mayor, de los intercambios internos en el centro son, por otra parte, las operaciones de redistribución de los productos provenientes de la periferia: tal es por ejemplo el papel desempeñado primero por Italia (particularmente Venecia) y las ciudades de la Liga Hanseática a fines de la Edad Media, después por España y Portugal en el siglo XVI, luego por Holanda e Inglaterra a par-

tir del siglo XVII. El centro importa de la periferia productos de consumo "de lujo", ya de origen agrícola (especies de Oriente, azúcar de las Américas), ya de origen artesanal (sederías y telas de Oriente). El centro se procura estos productos por el intercambio simple, el pillaje y la organización de una producción concebida con ese fin. El intercambio simple —con Oriente— se ve siempre amenazado por el hecho de que Europa no tiene gran cosa que ofrecer, salvo el metal precioso que se procura en América. El peligro permanente de una hemorragia de metal es tan grande que toda la doctrina de la época está fundada sobre la necesidad de contrarrestar esa tendencia esencial. Las formas de producción situadas en América tienen por función primordial procurar al centro el metal y ciertos productos de lujo. Después de un período de pillaje puro y simple de los tesoros indios, se iniciará una explotación minera intensiva recurriéndose a un extraordinario derroche humano, condición de la "rentabilidad" del negocio. Al mismo tiempo se establecerá un modo de producción esclavista, que permitirá en América la producción del azúcar, el añil, etc. Toda la economía de las Américas girará alrededor de esas zonas fructíferas para el centro: la economía pastoral, por ejemplo, tendrá por función alimentar a las regiones mineras y las zonas de plantaciones esclavistas. El comercio triangular —la caza de esclavos en África— desempeña esta función esencial: la acumulación del capital-dinero en los puertos europeos, capital-dinero realizado gracias a la ubicación de los productos de la periferia entre las clases dominantes, las cuales, serán impelidas a transformarse de feudales en capitalistas agrarias, acelerando así el proceso de desintegración del modo de producción feudal.

Con la revolución industrial, el comercio entre el centro y la periferia cambia de funciones. Dicho comercio sigue siendo cuantitativamente esencial y representando, aunque declinante a partir de 1830-50, la mayor fracción del comercio mundial. Para Gran Bretaña, hasta mediados del siglo XIX, el comercio con América y Oriente (India, Imperio Otomano, después China) es tan dominante que la literatura de la época no piensa más que en ese tipo de comercio cada vez que procura aprehender sus mecanismos y estructurar su teoría. Por mucho tiempo aún Gran Bretaña será, para Euro-

pa, el centro de redistribución de los productos exóticos. El centro (Gran Bretaña primero, después Europa continental y América del Norte, muy tardíamente Japón) exporta a la periferia productos manufacturados de consumo corriente (textiles, por ejemplo). E importa en lo esencial productos agrícolas provenientes ya de agriculturas tradicionales de Oriente (té, por ejemplo), ya, y sobre todo, de la agricultura capitalista de elevada productividad del Nuevo Mundo (trigo y carne, algodón, por ejemplo). Es por esta época cuando se decide la especialización internacional entre países industriales y países agrícolas. Salvo los tradicionales metales preciosos, el centro no importa todavía productos minerales de la periferia —cuya producción exigiría inversiones importantes y medios de transporte costosos—. A medida que nuevos países entran en la fase industrial, su comercio con Gran Bretaña cambia de naturaleza. Al principio proveen productos agrícolas y obtienen productos manufacturados *made in England*, como la periferia, o productos exóticos vía Inglaterra. Sin embargo, puesto que se industrializan, pero el nivel de su industrialización es desigual —y accesoriamente debido a que están "dotados por la naturaleza" de riquezas mineras conocidas y explotables distribuidas de determinada manera (carbón y mineral de hierro, por ejemplo)—, se establecen y se desarrollan entre los países del centro relaciones de canje (tipo Francia-Alemania) de productos manufacturados y minerales. Los países atrasados (Rusia) continúan como exportadores de productos agrícolas. Poco a poco, pues, el comercio mundial se escinde en dos sistemas de intercambio cuyas funciones son diferentes: los intercambios entre el centro y la periferia y los intercambios internos del centro.

Hasta aquí no hay, prácticamente, exportaciones de capitales; la constitución de los monopolios va a permitirlo a partir de los años 1870-90 en una escala insospechada y todavía aquí habrá que distinguir entre las inversiones extranjeras en la periferia y las destinadas a los países jóvenes de tipo central en formación (Estados Unidos y Canadá, Rusia y Austria, Hungría, Japón, Australia, África del Sur). Porque ni la función ni la dinámica de esas inversiones será idéntica. La exportación de los capitales no remplazará la de las mercancías; por el contrario, la intensificará. Por otra

parte, ella permitirá modificar la especialización de la periferia: porque ésta ya no exporta, en la hora actual, sólo productos agrícolas, y menos aún solamente productos de las agriculturas tradicionales. La periferia se ha convertido en exportadora de productos suministrados por empresas capitalistas modernas de muy alta productividad: petróleo y productos mineros brutos que constituyen más del 40 % de las exportaciones de la periferia, productos de la primera transformación de aquéllos (y accesoriamente algunos productos manufacturados que interesan sobre todo al comercio entre países de la periferia desigualmente industrializados) que constituyen más del 15 %. Los productos agrícolas —sobre todo alimenticios (dos tercios) y materias primas industriales (algodón, caucho, etc., un tercio)— que representan como máximo un 40 % de las exportaciones del “tercer mundo” actual ya no son suministrados por la agricultura tradicional: al menos la mitad de esos productos provienen de plantaciones capitalistas modernas (como la de Unilever o la United Fruit). Así, tres cuartas partes de las exportaciones de la periferia provienen de sectores modernos de fuerte productividad, que son la expresión del desarrollo del capitalismo en la periferia, en muy gran medida, el resultado directo de la inversión de capitales del centro. Esta nueva especialización de la periferia es asimétrica: de ahí que la periferia efectúe cerca del 80 % de su comercio con el centro. Mientras que, paralelamente, los intercambios internos del centro se desarrollan a un ritmo más rápido, de modo que el 80 % del comercio exterior del centro se efectúa consigo mismo. Ahora bien, los intercambios internos del centro son de otro tipo: en lo esencial, productos industriales contra productos industriales. Habrá que estudiar las motivaciones, los mecanismos y las funciones de esos intercambios que son diferentes de los intercambios con la periferia. Habrá que estudiar las tendencias contemporáneas en lo que concierne tanto al flujo de capitales (particularmente de los Estados Unidos hacia Europa) como al desarrollo de la ayuda pública (de los países desarrollados al “tercer mundo”) porque las funciones de esas relaciones son todavía aquí diferentes si se trata de relaciones internas en el centro o, por el contrario, de relaciones entre el centro y la periferia.

Otros hechos —igualmente conocidos en sumo grado—

deben ser incorporados al análisis de las relaciones internacionales. Sin anticipar lo que seguirá, pensamos que será conveniente recordar desde ahora:

1) que las relaciones de intercambio y los flujos de capitales entre el centro y la periferia no han atenuado las diferencias de productividad y de niveles de consumo que les están ligadas; que esas diferencias, por el contrario, se han acrecentado;

2) que la dinámica secular del progreso no ha sido la misma en la agricultura y la industria, que el progreso ha sido mucho más rápido en la industria y que hay “industrias industrializantes” en grados más elevados que otras;

3) que los términos del intercambio de la periferia no se han deteriorado hasta alrededor de 1880, pero que después todos ellos sufren ese deterioro, y esto tanto para las exportaciones que provienen de la agricultura tradicional de baja productividad como para las suministradas por la explotación capitalista moderna minera, petrolera o agrícola de alta productividad;

4) que el nivel de los salarios (desde ya que en el sector capitalista, el concepto de salario no tiene sentido fuera de este ámbito) no es el mismo en la periferia y en el centro, que la diferencia ha aparecido significativamente a partir de la transformación del capitalismo central del estadio competitivo al monopolístico.

Una teoría de las relaciones internacionales debe comprender todos esos hechos y esas evoluciones. Nosotros afirmamos que la teoría corriente (de las ventajas comparativas) no lo permite de manera alguna; que por el contrario los elementos científicos presentes en Ricardo se han perdido en la seudoteoría neoclásica; que ésta se autoriza a efectuar las hipótesis que desea —las que son contrarias a los hechos—, autorizándose así a convertirse en un puro juego del espíritu que evita tomar en cuenta los hechos; que esta degeneración motivada por su función de ideología apologética de las armonías universales se halla en estrecha dependencia con la teoría subjetiva del valor. Afirmamos, igualmente, que no existe teoría marxista constituida de las relaciones internacionales, sino sólo:

1) algunas indicaciones “al paso” en *El capital*;

2) un análisis fundamental de esas relaciones en la

época imperialista, el de Lenin, proseguido y profundizado por Baran y Sweezy;

3) elementos de una construcción, por hacerse todavía, sobre cuyos aspectos han trabajado algunos marxistas contemporáneos (especialmente A. Emmanuel y C. Palloix).

I. LA TEORÍA DEL INTERCAMBIO INTERNACIONAL

1) La teoría clásica (ricardiana)

El contenido esencial de la teoría:

La teoría "clásica" de la relaciones internacionales es, básicamente, una teoría del comercio internacional de las mercancías. Ella pretende que cada uno de los participantes tiene interés en especializarse porque el intercambio eleva el nivel de la renta global, en términos de valores de uso, en ambos países. Esta teoría se sitúa en un marco definido: el modo de producción capitalista. Se lo verá aparecer en las hipótesis que ella efectúa sobre los salarios.

Portugal, para retomar el célebre ejemplo de Ricardo, está más adelantado que Inglaterra tanto en la producción de vino (pues allí bastan 80 horas de trabajo para producir una unidad de esta mercancía contra 120 en Inglaterra) como en la de paños (donde 90 horas de trabajo producen en Portugal lo que 100 horas en Inglaterra). Pero está comparativamente más adelantado en la producción de vino que en la de paños porque:

$$\frac{90}{100} > \frac{80}{120}$$

Existe interés en especializarse en la primera de esas dos producciones y en procurarse paños en Inglaterra, aunque producir esos paños en el país cueste, en términos absolutos, menos que en Inglaterra. La afirmación de que las importaciones pueden ser provechosas en valores de uso aun si el producto importado pudiese ser fabricado localmente a mejor precio constituye lo esencial del aporte de Ricardo en relación a A. Smith.

No hay que hacerle decir a esta teoría más de lo que dice. Todo lo que permite afirmar es que, *en un momento dado*, siendo la distribución de las productividades lo que

es, los dos países tienen interés en proceder a un intercambio, aunque sea desigual como ya se verá. Retomemos el ejemplo de Ricardo, invirtiendo los términos para aproximarlos a la realidad:

Cantidades de trabajo contenidas en una unidad de producción		Ventaja relativa de Inglaterra sobre Portugal
en INGLATERRA	en PORTUGAL	
un paño 80 horas	120 horas	1,50
un vino 90 horas	100 horas	1,11
Relaciones internas de intercambio		
1 paño = 0,89 vino	1,20 vino	

La relación internacional de intercambio, situada necesariamente entre las dos relaciones internas, podrá efectuarse, por ejemplo: unidad (de vino) contra unidad (de paño). Supongamos que Portugal acepta especializarse en el vino, imponiéndole Inglaterra su paño. Si en Portugal la fuerza de trabajo total disponible es de 1.000 horas y el consumo de vino es rígido (5 unidades), Portugal consagrará 500 horas de trabajo a producir vino para su consumo. Dispondrá de 500 horas que podrá utilizar ya en producir él mismo su paño ($500 : 120 = 4,2$ unidades), ya en producir 5 unidades más de vino con las cuales obtendrá 5 unidades de paño: habrá ganado 0,8 unidad de paño en el intercambio. Sin embargo, aunque haya ganado en valores de uso, habrá empleado 500 horas para obtener 5 unidades de paño que Inglaterra habrá producido en 400 horas. Su hora de trabajo se intercambia con 0,8 hora inglesa: el intercambio es desigual. La desigualdad del intercambio —en valor de cambio— traduce la más débil productividad del trabajo en Portugal.

Debido a que la desigualdad de productividad del trabajo no es natural, sino histórica, la ventaja comparada se modifica cuando la economía atrasada progresa. Si Portugal puede, modernizándose, alcanzar la productividad de Inglaterra en todos los dominios, es decir producir el paño en 80 horas y el vino en 90, le valdrá más que se modernice. Porque entonces producirá sus 5 unidades de vino en 450 horas,

y dispondrá de 550 horas con las cuales producirá 6,9 unidades de paño (550:80). No habrá más intercambios porque los costos son idénticos en los dos países; no obstante Portugal habrá ganado en relación con la situación anterior de intercambio: $6,9 - 5 = 1,9$ unidades de paño.

Si ahora Portugal acepta especializarse en vino y consagra todos sus esfuerzos a alcanzar a Inglaterra en ese dominio, ¿qué gana? De aquí en adelante debe consagrar 450 horas a la producción de 5 unidades de vino para su propio consumo (5×90); dispone de 550 horas con las cuales producirá 6,1 unidades de vino (550:90) que le permitirán adquirir 6,1 unidades de paño. Porque la relación interna de intercambio en Inglaterra no ha variado (1 paño = 0,89 vino) y en Portugal se ha mantenido superior a 1 (1 paño teórico —es decir si se lo produjese con la primera técnica del país— se intercambia con 1,34 vino en vez de 1,20), de modo que los términos del intercambio —unidad contra unidad— pueden mantenerse estacionarios. La elección es menos aceptable para Portugal porque el progreso potencial en la industria del paño (reducción del costo de 120 a 80 horas) es mayor que en la producción de vino (reducción del costo de 100 a 90 horas).

El interés superior estriba pues, en desarrollar las ramas de la producción en las que el progreso posible es mayor y en someter sus opciones en materia de comercio exterior a las exigencias prioritarias de ese desarrollo. Estas opciones de comercio así concebidas deben ser modificadas en cada etapa del desarrollo. Es ésta, por cierto, una concepción agresiva de las relaciones internacionales. Pero corresponde, como ya veremos, a la historia y a la situación actual, y no será modificada sino cuando exista no un sistema mundial de naciones sino un universo socialista plenamente integrado.

La hipótesis subyacente: la cuestión de los precios y del salario monetarios

La verdadera dificultad que enfrenta la teoría de las ventajas comparativas es debida a que las empresas que se abren al comercio exterior estiman directamente los precios de las mercancías, no los costos relativos. Ricardo vio y venció esta dificultad. Al principio, él supone que los sa-

larios horarios expresados en oro son los mismos en los dos países. En tales condiciones el precio del vino portugués es inferior al precio del vino inglés. En efecto, los precios son proporcionales a las cantidades de trabajo consagrado a la producción de los productos. Evidentemente no se puede decir que el precio de una mercancía dada sea proporcional al volumen de los salarios directos que ella contiene, porque una parte del trabajo incluido en el producto tiene la forma de capital (trabajo cristalizado en un producto). Pero se puede afirmar que el nivel general de los precios es proporcional al salario monetario.¹ Al ser éste el mismo en ambos países, los precios son idénticos en los dos países si los costos reales son los mismos. Los ingleses, pues, adquieren su vino en Portugal. El paro forzoso que sigue de ello en la producción inglesa permite la baja de los salarios y, tras ella, la de los precios hasta el punto en que el paño resulta menos caro que en Portugal. En este país, por otra parte, la producción creciente de vino eleva el nivel de los salarios y de los precios, y por lo tanto el del paño.

Ricardo expresó concretamente en su esquema el mecanismo de la integración internacional perfecta, es decir, el mecanismo por el cual los precios de las mismas mercancías, en su origen diferente de un país al otro, en definitiva se vuelven idénticos. Muestra cómo, por el canal del intercambio, un precio único se impone finalmente sobre todos los mercados del mundo para una mercancía única.

Esta demostración podría aparecer, a algunos, viciada desde el vamos por la hipótesis del salario nominal idéntico en los dos países. Esta hipótesis es en realidad perfectamente lógica. Proviene de que, en una etapa anterior de su razonamiento, Ricardo había establecido el mecanismo por el cual ambos países estaban integrados en un mercado único del oro. Supongamos que en A la unidad monetaria, el franco, equivalente a 1 gramo de oro, cuesta una hora de trabajo para su producción, mientras que en B la unidad monetaria, la libra, equivalente también a 1 gramo de oro, cuesta dos horas de trabajo. Para todas las mercancías los costos de producción en trabajo son idénticos en ambos países. No hay pues ninguna razón real (es decir ubicada en una ventaja comparativa) para intercambiar. No obstante, se establece una corriente de intercambio al ser el oro

una mercancía que se produce a más bajo costo en A. Los productores de oro de A, en vez de adquirir sus mercancías entre ellos, las adquieren en B. En A, pues, la producción de oro aumenta, la de las mercancías disminuye. En B, la producción de oro continúa, la de las mercancías aumenta. Los salarios y los precios bajan en A, se elevan en B. La producción de oro deja entonces de ser rentable en B. En el equilibrio final la situación es la siguiente: A, que provee a ambos países de oro, produce más metal amarillo, menos mercancías; B, por el contrario, ha visto acrecentarse la producción de sus mercancías, y no produce más oro. Los precios se han vuelto los mismos en ambos países.

Al ser los precios los mismos, y los salarios reales idénticos en los dos países (iguales a las "subsistencias"), es perfectamente lógico suponer los salarios nominales equivalentes. En una segunda etapa de su razonamiento Ricardo introduce una segunda razón de intercambio: las diferencias entre los costos reales, y por consiguiente (ya que los salarios son idénticos) entre los precios.

Entre el punto de partida y el punto de llegada los salarios reales no han cambiado en los dos países puesto que salarios nominales y precios se mueven en el mismo sentido. Esto supone que los asalariados son los únicos consumidores del país. Si se quiere distinguir "las subsistencias" de los productos "de lujo", se introducirá una segunda complicación en el esquema, los salarios y los precios ya no serán proporcionales, pero no obstante seguirán moviéndose en el mismo sentido.

El mecanismo descrito aquí explica, pues, cómo la ventaja extraída del intercambio exterior vuelve por entero, en último análisis, a los capitalistas de los dos países, cuya masa de ganancias ha aumentado en valores de uso. Finalmente, el intercambio modifica la estructura en un sentido favorable a las ganancias y acelera el proceso de la acumulación del capital entre los dos países.

La teoría ricardiana está, pues, ligada a la hipótesis fundamental de salarios reales idénticos (e iguales a las "subsistencias"). La ventaja de la especialización reside en disminuir el valor de la fuerza del trabajo en ambos países y así elevar la tasa de plusvalía y, por consiguiente, de ganancias. Esta hipótesis no tiene sentido más que porque

Ricardo se ubica en el marco de dos sistemas capitalistas "puros" en relación. Algo de lo que él no es absolutamente consciente puesto que no sabe distinguir un modo de producción de una formación social, y porque ve en el modo de producción capitalista un tipo eterno, el de la pura racionalidad.

2) De la ciencia a la ideología de las armonías universales

La aproximación en términos de sustitución

Aunque la teoría del valor trabajo haya sido abandonada bastante pronto, como se ha visto, durante mucho tiempo la mayoría de los autores neoclásicos sostuvieron la teoría de las ventajas comparativas en su forma ricardiana sin darse cuenta de que esta teoría postulaba una concepción objetiva del valor. Con Haberler, Lerner y Leontieff, la teoría adquirirá definitivamente su forma actual: en ellos, el costo de un producto está definido como el equivalente de la renuncia a otro producto. El compromiso bastardo de Bastable, Marshall, Edgeworth y Taussig, consistente en suponer que en cada país el costo de cada producto estaba compuesto de salarios, ganancias, intereses y rentas en proporciones estables,² de modo que se evitaba el problema de la adición de utilidad subjetiva de individuos diferentes, ha sido abandonado. No se recordará aquí el detalle de la construcción de las "curvas colectivas de indiferencia" obtenidas a partir de la equivalencia en utilidad de cantidades variables de dos bienes. No se recordará tampoco el detalle de la construcción de las "curvas de posibilidades de producción", obtenidas a partir de las posibilidades técnicas de producción de cantidades variables de dos bienes con un stock constante de factores de producción. Sea como fuere, la relación de intercambio internacional se halla entonces situada entre las dos relaciones de intercambio "aisladas", determinadas por las caídas de las tangentes en las curvas de indiferencia, en los puntos en que las curvas son, ellas mismas, tangentes a las curvas de posibilidades de producción. En efecto, en esos puntos la tasa de sustitución de los productos para el consumidor es igual a las tasas de sustitución de los productos para el productor. La condición necesaria y suficiente del intercambio internacional es, entonces, que las relaciones de intercambio "aisladas" sean diferentes de un país al otro.

Aquí también, como en la aproximación ricardiana, subsiste un margen de indeterminación sostenido por la intervención de las demandas recíprocas. Aquí también, la adopción de la concepción subjetiva del valor conduce, como en Taussig, a encerrarse en un círculo vicioso puesto que las mercancías que llevan ventaja son aquellas para las cuales se ha hecho uso del factor más abundante y cuya remuneración de los factores depende de los intercambios exteriores. A esto hay que agregar dificultades específicas de la óptica subjetiva. Se han construido las curvas individuales adicionándoles utilidades de individuos diferentes. Para evitar la dificultad, se supone que el comercio exterior no modifica la distribución de la renta, lo que es inexacto. O bien, entonces, se atribuyen artificialmente a la Nación gustos semejantes a los de un individuo. Construida sobre tales cimientos, la pretendida "maximización de la renta" por el intercambio es extremadamente débil, su carácter ideológico, evidente. La teoría de la ventaja comparativa ya no sirve de nada: el intercambio, por el solo hecho de existir, es ventajoso para todos.

3) Una contribución fundamental: el intercambio desigual

La hipótesis de un modo de producción capitalista implica la movilidad de la mano de obra (la igualación del salario de una rama de la economía capitalista a otra y, del mismo modo, de un país al otro) y la del capital (la nivelación de la tasa de ganancia). En verdad, es una hipótesis altamente abstracta, pero no obstante es el marco de razonamiento de Ricardo y de Marx, con mucha razón puesto que se trata de estudiar el modo de producción capitalista. Marx, que tiene una conciencia muy clara de su problemática, no estudia —por esa razón— la cuestión de los intercambios internacionales, la que en esta problemática no tiene ningún sentido. El comercio internacional no es diferente del comercio interior, por ejemplo interregional. Asimismo, sólo marginalmente —"de paso"— Marx hace algunas observaciones sobre las consecuencias eventuales de una imperfección de la movilidad del trabajo o del capital, remarcando la analogía de este problema "internacional" con el de los efectos de una parecida imperfección en el seno de la Nación.³

Ricardo no posee este dominio de su problemática; a ello se debe que trate el comercio internacional, pero de una manera fundamentalmente ambigua. Empírico, Ricardo comprueba la inmovilidad relativa del trabajo y del capital. Este "hecho" no es discutible en sí. Como no es discutible en sí el hecho de que ninguna formación socioeconómica del capitalismo del centro pueda ser reducida a un modo de producción capitalista puro; como no es discutible el hecho de que el desarrollo del capitalismo del centro ha avanzado desigualmente de un país a otro, dado que las composiciones orgánicas, las productividades del trabajo y los valores de la fuerza de trabajo no son idénticos de un país a otro. Pero Ricardo no tenía derecho a invocar simultáneamente —en el mismo razonamiento— esos "hechos" que se ubican en el plano de las formaciones sociales concretas y la hipótesis de su marco de pensamiento (el modo de producción capitalista puro). No obstante, lo hace. De ello resulta una teoría que, puesto que admite la identidad del salario real de un país y otro (igual a las "subsistencias"), no puede fundar el intercambio internacional sino sobre la inmovilidad del capital. Será uno de los méritos de A. Emmanuel el haber demostrado este aspecto de la teoría ricardiana:

"En lo que concierne a la movilidad de los factores, Ricardo no se interesa más que en su efecto, la nivelación de las remuneraciones. Por ello sólo habla de la nivelación de las ganancias, la única que puede sufrir la inmovilidad de los factores, especialmente la inmovilidad del capital, al efectuarse la nivelación de los salarios por abajo, por el índice del regulador demográfico, haya o no movilidad de la mano de obra. La no nivelación de las ganancias es, en Ricardo, una condición necesaria y suficiente para el funcionamiento de la ley de los costos comparativos, y éste es un punto importante que no parece haber sido observado hasta aquí."⁴

Si el capital es móvil, en la hipótesis de salarios idénticos (iguales a las "subsistencias"), el intercambio no tiene lugar sino si las productividades son diferentes. Esto no puede provenir más que de una de las dos causas siguientes: i) posibilidades "naturales" diferentes (con la misma cantidad de trabajo, de capital y de tierra se podrá producir más vino en Portugal que en Inglaterra, a causa del clima); o:

ii) composiciones orgánicas diferentes que traducen el desigual grado de desarrollo del capitalismo. Pero en este caso los salarios no son iguales porque "la fuerza de trabajo encierra, desde el punto de vista del valor, un elemento moral e histórico".⁵

Si ambos factores, trabajo y capital, fuesen perfectamente móviles, el comercio desaparecería, como lo ha demostrado Heckscher.⁶ Emmanuel tiene perfecta razón al llamar la atención sobre el hecho de que la especialización no representa más que un optimum relativo:

"El optimum absoluto sería no que Portugal se especializase en vino e Inglaterra en paños, sino que los ingleses se transportasen con sus capitales a Portugal para producir uno y otros."⁷

Se pueden entonces señalar dos formas de intercambio internacional en las cuales los productos no se intercambian a su valor. En el primer caso los salarios son iguales (las tasas de plusvalía son iguales) pero, dado que las composiciones orgánicas son diferentes, los precios de producción —lo que implica la nivelación de las tasas de ganancias— son tales que la hora de trabajo total (directo e indirecto) del país más desarrollado (caracterizado por una composición orgánica más elevada) obtiene, en el mercado internacional, más productos que la hora de trabajo total del país menos desarrollado. El ejemplo que sigue ilustra ese caso.

	<i>c</i>	<i>v</i>	<i>m</i>	<i>V</i>	<i>p</i>	<i>P</i>
	Capital constante	Capital variable	Plusvalía	Valor	Ganancia	Precio de producción
A	16	10	10	30	8	28
B	10	7	7	30	9	32

A: país menos desarrollado ($c/v = 1$)

B: país más desarrollado ($c/v = 2,3$)

tasa de plusvalía: 100 %

tasa de ganancia media: $17/43 = 40$ %

Emmanuel tiene perfecta razón al afirmar que, en este caso, aunque el intercambio no asegura a la hora de trabajo total la misma cantidad de productos, no es desigual, porque intercambios "desiguales" de este tipo caracterizan las relaciones internas en la Nación, dado que "los precios de produc-

ción... constituyen un elemento inmanente al sistema competitivo".⁸

Falta decir que en este caso el intercambio es, sin embargo, desigual, y que esta desigualdad traduce la de las productividades. Pues importa señalar que las dos ecuaciones incluidas aquí, que describen las condiciones de producción de un mismo producto, con técnicas diferentes —avanzada en B, atrasada en A— son ecuaciones en valor: en horas de trabajo, respectivamente de A y de B, consideradas aisladamente. En valores de uso la cantidad de producto no puede ser la misma en A que en B; porque el nivel de las fuerzas productivas es más elevado en B: con 30 horas de trabajo total (directo e indirecto) disponible como están en B, se obtienen por ejemplo 90 unidades físicas del producto, mientras que con 30 horas de trabajo total disponible como están en A no se obtiene más que una cantidad inferior de producto, por ejemplo 60 unidades. Si A y B están integrados en el mismo mercado mundial, el producto no puede tener más que un solo precio: el del país más adelantado. Dicho de otro modo, 30 horas de trabajo de A no valen 30 horas de B; valen $30 \times 60/90 = 20$ horas. Accesoriamente, si el producto entra en el consumo obrero y no tiene más que un precio (10 francos la unidad), 30 horas de trabajo en B serán pagadas $90 \times 10 = 900$ francos, o sea 30 francos la hora, mientras que en A esas 30 horas son pagadas a 20 francos la hora. Si el salario real debía ser el mismo en A y en B, aunque las productividades fuesen diferentes, la tasa de la plusvalía debería ser más fuerte en A para compensar la inferioridad de la productividad. La división capital variable-plusvalía, en vez de ser igual a $10/10$ debería ser igual a 15 ($10 \times 90/60/5$).

Sobre esta base, las críticas dirigidas por Bettelheim a Emmanuel nos parecen plenamente justificadas. Porque aquí el intercambio es desigual: 1) en lo esencial porque las productividades son desiguales (estando esta desigualdad ligada a composiciones orgánicas diferentes); y 2) sólo accesoriamente porque las composiciones orgánicas diferentes determinan, por el juego de la perecuación, la tasa de ganancias de los precios de producción diferentes de los valores aislados. Todavía debe decirse aquí que el problema se ha vuelto aun más complejo por las tasas de plusvalía diferentes necesari-

riamente en A y B (para asegurar una remuneración real equivalente del trabajo en A y B). La ecuación de los precios de producción se expresará entonces:

	c	v	m	V	p	P
A	10	15	5	30	6	31
B	16	7	7	30	6	29

A: país menos desarrollado ($c/v = 0,7$)

B: país más desarrollado ($c/v = 2,3$)

tasa de plusvalía A 33 %

B 100 %

tasa media de ganancias $12:48 = 25 \%$

No obstante, los precios del mercado mundial único no serán proporcionales a los precios de producción teóricos. El precio del producto será en A dividido por 90/60, relación de las productividades, y será entonces de 21 contra 29 para B.

Sin embargo, no reside ahí el argumento de Emmanuel, ya que el autor de *Échange inégal* conviene en rechazar de sí este caso. Ahora bien, sobre este punto se dirigen los argumentos de Bettelheim. De donde asistimos a un diálogo de sordos. Porque finalmente el argumento de Emmanuel está fundado en un segundo caso, en el cual las composiciones orgánicas de los productos intercambiados son análogas.

En el segundo caso, por el contrario, se efectúa la hipótesis de técnicas de producción del mismo grado de desarrollo (igual composición orgánica) y, desde el comienzo del razonamiento, la de salarios iguales (igual tasa de plusvalía). El intercambio es rigurosamente equivalente. Si ahora, por una razón cualquiera, las técnicas de producción siguen siendo las mismas pero el salario en A es 5 veces inferior al de B sucederá que:

	C	c	v	m	V	p	P
	Capital instalado	Capital constante en actividad	Capital variable	Plusvalía	Valor	Ganancia	Precio de producción
A	70	10	2	18	30	14	26
B	70	10	10	10	30	14	34

El aumento de la tasa de la plusvalía en A eleva la tasa de ganancias media del conjunto A+B de 14 a 20 %. El

país de salario bajo (A) recibe en el intercambio internacional —a cantidad total de trabajo igual (directo e indirecto) de igual productividad— menos que su congénere B (exactamente 76 %). Emmanuel califica con suma justeza este intercambio, y solamente éste, como intercambio desigual verdadero,⁹ así como demuestra que la diferencia de las tasas de ganancias de un país a otro, que hay que admitir para compensar la diferencia inversa de los salarios, debería ser alta.¹⁰ En el ejemplo precedente, para que el intercambio sea igual con salarios en A 5 veces inferiores a los de B, se precisaría que la tasa de ganancias en A sea de 26 % contra 14 % en B.

Lo que desgraciadamente Emmanuel no dice, y que constituye el argumento de peso a su favor, es que ese segundo caso que examina corresponde a la situación real esencial. Porque las exportaciones del tercer mundo no están constituidas básicamente de productos agrícolas provenientes de sectores atrasados de escasa productividad. Sobre un importe global de exportaciones de los países "subdesarrollados" del orden de los 35 millones de dólares (en 1966); el sector capitalista ultramoderno (petróleo, extracción minera y primera transformación de los minerales, plantaciones modernas como las de la United Fruit en América central o la Unilever en África y en Malasia, etc.) suministra al menos tres cuartas partes, o sea unos 26 millones. Ahora bien, para esos productos las fórmulas comparativas A y B adquieren todo su sentido. Si tales productos fuesen suministrados por países desarrollados, con las mismas técnicas —y por lo tanto con igual productividad—, siendo la tasa de ganancias media del orden del 15 % del capital instalado y representando el capital en actividad un séptimo de éste (reemplazo en 5 a 10 años, 7 años de promedio), y la tasa de la plusvalía de 100 % (lo que entonces corresponde a un coeficiente de capital del orden de 3,5), su valor sería de 34 millones. El traspaso de valor de la periferia hacia el centro cabeza es aquí considerable, insospechado, puesto que representaría 8 millones de dólares (estimación realista).

En lo que concierne a las otras exportaciones del tercer mundo, suministradas por los sectores "atrasados" de escasa productividad (productos agrícolas suministrados por los campesinados tradicionales), las cosas, ¿son menos eviden-

tes? Puesto que, aquí, las diferencias de remuneración del trabajo (no se puede hablar de salarios) acompañan una productividad más débil. ¿En cuánto? Es tanto más difícil decirlo dado que generalmente los productos no son comparables: sólo se produce té, café, cacao, etc., en la periferia. Sin embargo, se puede adelantar aquí que, en la periferia, las remuneraciones son proporcionalmente mucho más débiles que las productividades. Un campesino africano, por ejemplo, obtiene, contra un centenar de jornadas de trabajo anual muy duro, productos manufacturados importados cuyo valor es apenas el de una veintena de jornadas de trabajo simple de un obrero calificado europeo. Si dicho campesino produjese con las técnicas europeas modernas (y se sabe concretamente lo que esto significa por los proyectos de modernización llevados a cabo por los agrónomos), trabajaría 300 días por año y obtendría un producto alrededor de 6 veces superior en cantidad: su productividad horaria sería doblada, en el mejor de los casos. El intercambio es pues, aquí, aún muy desigual: el valor de esos productos, si la remuneración del trabajo fuese proporcional a su productividad, no sería del orden de los 9 mil millones (tal cual es) sino 2,5 veces superior, es decir del orden de los 23 mil millones y el traspaso de valor de la periferia hacia el centro, del orden de los 14 mil millones. No resulta asombroso que dicho traspaso sea aquí proporcionalmente mucho más considerable que el proveniente de los productos de la industria moderna puesto que, para estos últimos, el contenido de bienes de capital importados es mucho más elevado, mientras que es despreciable en lo que concierne a los productos de la agricultura tradicional, en la que el trabajo directo representa la casi totalidad del valor del producto.

Así, en el total, suponiendo que las exportaciones de la periferia son del orden de los 35 mil millones, su valor, si las remuneraciones del trabajo fuesen equivalentes a lo que son en el centro, a *productividad igual* debería ser del orden de los 47 mil millones. Los traspasos ocultos de valor de la periferia hacia el centro, debidos al mecanismo del intercambio desigual, son del orden de los 22 mil millones de dólares: 2 veces el importe de la "ayuda pública" y de los capitales privados que la periferia recibe. Hablar de "pillaje del tercer mundo" no es aquí, por cierto, una expresión demasiado fuerte.

Las importaciones de los países desarrollados de Occidente provenientes del tercer mundo no representan en verdad ni el 2 ó 3 % de su Producto Bruto Interno, que sería del orden de los 1.200 miles de millones de dólares en 1966. Pero sus exportaciones de los países "subdesarrollados" representan el 20 % de su producto, que sería del orden de los 150 mil millones. El traspaso de valor oculto del hecho del intercambio desigual sería, pues, del orden del 15 % de tal producto, lo que está lejos de ser despreciable en términos relativos y por sí mismo bastaría para explicar el estancamiento de la periferia y el alejamiento creciente entre ésta y el centro. El aporte que constituye este traspaso no es menos despreciable, visto desde el ángulo del centro que con él se beneficia, ya que es del orden del 1,5 % del producto del centro. Pero ahí no está lo esencial del punto de vista del centro. Porque ese traspaso es esencial para las empresas gigantes que son sus beneficiarias directas.

¿Cuáles son, pues, esas "razones cualesquiera" por las cuales, a productividad igual, los salarios pueden ser desiguales? La respuesta a esta pregunta hace intervenir necesariamente la naturaleza de las formaciones socioeconómicas del capitalismo central y del capitalismo periférico en concreto. Volveremos sobre este punto capital.

4) Los límites del economicismo: ¿es posible una teoría económica de los intercambios internacionales?

Una teoría económica no es posible más que para servir al análisis de las apariencias, es decir al estudio de los mecanismos del funcionamiento del modo de producción capitalista. Marx, al develar la esencia del modo de producción capitalista, supera ya la "ciencia" económica, realiza la crítica fundamental y señala cuáles deben ser los fundamentos de la única ciencia posible, la de la Historia.

Debido a que ante todo son economistas —es decir alienados—, Smith y luego Ricardo procuran elaborar una teoría económica de los intercambios internacionales. A esto se debe que efectúen la hipótesis de un modo de producción capitalista puro entre los participantes del comercio. Pero rindamos homenaje a su inteligencia histórica, que sus sucesores carecerán de ella. Smith supo ver la función del co-

mercio exterior correspondiente a los principios del capitalismo ("la generación de un excedente frenado por la exigüidad del mercado agrícola interno"), así como Ricardo vio la de su tiempo ("la generación de un excedente modesto por los rendimientos decrecientes de la agricultura"). Más adelante, en Christian Palloix habrá de verse claro en este campo.¹¹ Marx, como bien afirma C. Palloix, hace la síntesis de Smith y de Ricardo. Si en este dominio no fue más lejos, no es, en nuestra opinión, porque el problema se le haya escapado, sino, por el contrario, porque lo vio. Ya que la teoría de las relaciones entre formaciones sociales diferentes no puede ser economicista, las relaciones internacionales que se ubican precisamente en ese marco no pueden dar lugar a una "teoría económica". Lo que Marx afirma de tales relaciones responde a los interrogantes de su época. El traspaso de un excedente de la periferia hacia el centro en la época no podía, en efecto, ser importante: la periferia exporta entonces productos de una agricultura tradicional de demasiado escasa productividad como para que el excedente que dicha producción genere sea importante. Pero no ocurre lo mismo hoy, cuando el 75 % de las exportaciones de la periferia proviene de empresas capitalistas modernas.

La formación neoclásica de la "teoría" economicista de los intercambios, fundada sobre la teoría subjetiva del valor, representa, aquí como en cualquier parte, un paso atrás en relación con el economicismo ricardiano. Habiendo perdido de vista las relaciones de producción, ya no puede ser sino tautológica. Como lo señala Palloix¹² después de Maurice Byé, ella deriva las relaciones de intercambio "únicamente de la lista de indiferencia de los consumos", lo que es absurdo. Maurice Byé no dejó de recordar que los costos comparativos reposaban, en Ricardo, sobre las productividades desiguales del trabajo entre un país y otro, mientras que en los neoclásicos resultan de la forma de las "curvas de indiferencia". Él mostró cómo esta inversión arruinaba la teoría impidiéndole articular la "ventaja breve" de la especialización sobre la "ventaja larga". Así como Nogaró lo hizo para el cuantitativismo, cuyo círculo vicioso e impotencia supo mostrar, Byé demostró la impotencia de la teoría neoclásica de los costos comparativos. Pero no fue más lejos porque procuraba, también él, efectuar una teoría econó-

mica de las relaciones internacionales. Y por esto la teoría moderna de las relaciones internacionales puede yuxtaponer lo mejor posible, sin integrarlos, diversos análisis de mecanismos: los del funcionamiento de la gran unidad interterritorial, los de los multiplicadores del comercio exterior, etc. En el límite, con el teorema de Heckscher-Ohlin, se llega al absurdo: se efectúa la hipótesis de las mismas técnicas (por lo tanto del mismo nivel de desarrollo), contradictoria con la de las "dotaciones diferentes de factores". Se plantea pues un falso problema y, evidentemente, se extraen conclusiones contrarias al hecho histórico (los intercambios reducen la diferencia y aproximan las remuneraciones de los factores) para sugerir, finalmente, con Eckhaus, una indicación de política que refuerza el dominio del centro sobre la periferia (elegir en la periferia técnicas de *labour-using*...). El teórico no tiene derecho a cometer tales abusos, porque su "ciencia" se convierte entonces en un juego abstracto a partir de hipótesis absurdas que él se autoriza impunemente.

La verdadera cuestión reside, pues, en investigar cuáles han sido las funciones efectivas del comercio internacional tal como fue y tal como es, y cómo se llenaron esas funciones. No es cierto que los marxistas después de Marx hayan visto siempre el problema. Damos como prueba de ello el siguiente razonamiento de Bujarin:¹³

"La circulación de la fuerza de trabajo, considerada como uno de los polos del régimen de producción capitalista, tiene su contraparte en la circulación del capital, que representa el otro polo. Así como, en el primer caso, la circulación está regularizada por la *ley de nivelación internacional de la tasa del salario*, así en el segundo caso se produce una nivelación internacional de la tasa de ganancias."

Bujarin funda el concepto de economía mundial en esta doble extensión mundial de las dos leyes fundamentales del modo de producción capitalista. No ve que el sistema capitalista mundial no es homogéneo, que no puede ser asimilado al modo de producción capitalista a escala mundial. El elogioso prefacio de Lenin nos prohíbe pensar que se tratase de una "simplificación" propia de Bujarin. Pero desde que se ubica en ese plano del modo de producción capitalista, el intercambio desigual desaparece.

El genio de Rosa Luxemburg consiste precisamente en

haber visto que las relaciones entre el centro y la periferia sostenían los mecanismos de la acumulación primitiva, porque se trata no de mecanismos económicos propios del funcionamiento interno del modo de producción capitalista, sino de relaciones entre ese modo de producción y formaciones diferentes. En lo que concierne a estos intercambios, Preobrazhenski escribe, con igual espíritu, que ellos son "el intercambio de una menor cantidad de trabajo de un sistema económico o de un país por una cantidad superior de trabajo de otro sistema de economía o de otro país".¹⁴ A partir de ahí el intercambio es posible.

La teoría economicista dominante de inspiración soviética supone un paso atrás, del que C. Palloix ha tomado clara conciencia, procediendo a efectuar el desarrollo del debate concerniente a los "valores internacionales". Goncol, Pavel y Horovitz pretenden, así, que "el valor de los productos ofrecidos por los países subdesarrollados será determinado por el de los países desarrollados, de sector a sector de producción; este último valor será prácticamente nulo porque el país desarrollado tendría la posibilidad de producir para nada determinado producto, que la especialización, sin embargo, ha afectado al país subdesarrollado".¹⁵ Argumento completamente inaceptable ya que el 75 % de las exportaciones de la periferia provienen de empresas modernas de productividad muy elevada y dado que los otros productos —especialmente los productos agrícolas exóticos— no pueden ser producidos en los países desarrollados. Como lo mostró C. Palloix, se entiende que fuera un economista rumano —Rachmuth— quien se alzó contra esta tesis, desgraciadamente apelando a otra teoría economicista, ¡la teoría ricardiana! El intercambio internacional, fundado sobre los costos comparativos, acusa las desigualdades de desarrollo si "el país avanzado se especializa en las actividades susceptibles de los mayores crecimientos posibles de productividad, en tanto que el país menos desarrollado está constreñido a una especialización en los sectores en que los crecimientos de productividad son muy limitados".¹⁶ Lo que sólo es verdad en parte ya que importantes especializaciones de la periferia descansan sobre productos modernos. Una vez más la teoría economicista de las ventajas comparativas no responde al interrogante: ¿por qué los países "subdesarrollados" están

obligados a tal o cual especialización, es decir, cuáles son las funciones de los intercambios internacionales?

La teoría economicista de las ventajas comparativas, aun en su versión científica ricardiana, no tiene, pues, más que un alcance muy limitado: describe las condiciones del intercambio en un momento dado; no permite, de ningún modo, preferir la especialización fundada en las productividades comparadas tales como ellas son en un momento dado del desarrollo, es decir en el mejoramiento de esas productividades. No es falsa —en este marco limitado—, pero es impotente. Porque no puede rendir cuenta de dos hechos esenciales que caracterizan el desarrollo del comercio mundial en el marco del sistema capitalista:

1) el desarrollo más rápido del comercio entre países desarrollados de estructura semejante, cuyas distribuciones de productividades comparadas son, pues, semejantes. Desarrollo más rápido que el de los intercambios entre países desarrollados y países subdesarrollados, cuyas distribuciones de productividades, sin embargo, son más diversas;

2) las formas sucesivas y diferentes de la especialización de la periferia y especialmente las formas actuales de la misma, según la cual la periferia suministra las materias primas producidas principalmente por empresas capitalistas modernas de productividad elevada.

Para darse cuenta de estos dos fenómenos habrá que considerar:

a) la teoría de la tendencia inherente al capitalismo en la ampliación de los mercados; y

b) la teoría del dominio del centro sobre la periferia.

El análisis de los intercambios entre países desarrollados y países subdesarrollados conduce a la comprobación de la desigualdad del intercambio desde el momento en que —como es el caso— a productividad igual el trabajo es remunerado a una tasa más baja en la periferia. Este hecho no puede ser explicado sin tener en cuenta la política (política económica y política a secas) de organización del exceso de mano de obra por el capital dominante en la periferia. Cómo organiza el capital la proletarización en la periferia, cómo las especializaciones que él impone engendran allí un excedente permanente y creciente de la oferta de mano de obra en relación con la demanda, tales son los ver-

daderos problemas a resolver para poder explicar el hecho en cuestión. Algunos estudios de este problema esencial de la política económica del capital dominante en la periferia han sido efectuados dentro de este criterio. Remitámonos aquí a uno de los más conocidos y convincentes de esos estudios, el de G. Arrighi sobre la historia del desarrollo del mercado de trabajo en Rodesia.¹⁷ Arrighi efectúa, a partir de tal historia, la crítica fundamental de la teoría de W. A. Lewis concerniente a la dinámica de la oferta y la demanda de trabajo en las economías subdesarrolladas.¹⁸ Lewis postula un excedente potencial de mano de obra en el sector "tradicional" ("paro forzoso simulado") de escasa productividad, excedente que se reduce progresivamente en la medida del desarrollo del sector "moderno" de fuerte productividad. Este excedente es el que permite una remuneración baja del trabajo en el sector moderno, para el cual la oferta de mano de obra está considerada ilimitada. Arrighi demuestra que, en realidad, en Rodesia, ocurre lo contrario: la superabundancia de la oferta de mano de obra en el sector moderno es creciente, más importante para el período contemporáneo de los años 1950-1960 que para el de los comienzos de la colonización de 1896-1919, debido a que esta superabundancia está organizada por la política económica del poder y del capital (especialmente la política de las "reservas"). O sea que no son las "leyes del mercado" las que manifiestan la evolución del salario en la periferia, la que es el fundamento del intercambio desigual, sino las políticas de la acumulación primitiva que allí se practican. El capítulo del estudio de las políticas de proletarización practicadas por el capital en la periferia es, pues, esencial en el análisis de las relaciones centro-periferia. Conduce fuera del dominio de la "economía" en el sentido economicista del término, para reintegrar el hecho económico a su marco sociopolítico verdadero. E impide, así, efectuar una teoría "puramente económica" —por lo tanto economicista— de los intercambios entre el centro y la periferia.

Si esto es así ya no se puede elaborar una doctrina de los intercambios internacionales entre economías socialistas planificadas ubicadas en niveles desiguales de desarrollo, fundándola en las ventajas comparativas. En la controversia entre rumanos y rusos respecto del complejo interestados del

bajo Danubio, C. Palloix —quien subraya que la política económica preconizada por Rumania apunta a someter los intercambios exteriores a la exigencia prioritaria del desarrollo interno, lo que es vivamente criticado por los rusos que buscan apoyo en la teoría economicista ricardiana— recuerda la analogía de esta controversia con la que opone a países desarrollados y países subdesarrollados integrados en el mismo sistema capitalista mundial.¹⁹

Este proyecto de desarrollo interno procede evidentemente de la existencia del hecho nacional, que la teoría economicista, simula ignorar. El sistema capitalista, aunque haya unificado el mundo, lo ha unificado sobre la base de naciones desigualmente desarrolladas. El sistema socialista sigue siendo, también, un sistema de naciones socialistas, y probablemente continuará siéndolo por mucho tiempo. No será superior al sistema capitalista si no permite desarrollar políticas nacionales prioritarias de desarrollo autocentrado, condición para la anulación ulterior del impacto del hecho nacional sobre la economía que debe continuar siendo internacional antes de convertirse en verdaderamente mundial. Cuando todas las naciones hayan alcanzado el mismo nivel de desarrollo, sólo entonces podrá ser elaborada una nueva doctrina de la especialización. Toda tentativa de elaborar esta doctrina demasiado temprano, sobre fundamentos economicistas, no puede sino justificar una práctica análoga a la de los países capitalistas centrales en sus relaciones con la periferia, mientras subsista el problema de la desigualdad de las naciones. Y toda tentativa de elaborarla sobre otros fundamentos no puede ser más que utopía, ya que no están dadas las condiciones esenciales que harían posible una especialización no desigual.

II. LAS FORMAS DE LA ESPECIALIZACIÓN INTERNACIONAL Y LOS TÉRMINOS DEL INTERCAMBIO

El intercambio "internacional" no es, por cierto contemporáneo del capitalismo. Por el contrario, es viejo como el mundo. Ahora bien, el intercambio internacional se define, precisamente, como el intercambio de productos entre sociedades diferentes, es decir caracterizadas por formaciones sociales diferentes. Lo que caracteriza a las sociedades pre-

capitalistas es justamente la débil intensidad de los intercambios internos. En el seno de la comunidad aldeana, del dominio señorial o del Imperio oriental, la "circulación" de ciertos productos está bien organizada (pago de rentas, intercambios de regalos en determinadas ocasiones, circulación de los bienes dotales, etcétera); pero no se trata de intercambios comerciales: la circulación de los bienes acompaña aquí a la ejecución de obligaciones sociales extraeconómicas. Hay igualmente pocos intercambios entre comunidades aldeanas o entre dominios "feudales": cada unidad, análoga a la vecina, vive autárquicamente. Pero ninguna de estas sociedades, o casi ninguna, ignora el comercio lejano. Este comercio procura a unas y otras productos exóticos, desconocidos verdaderamente por los protagonistas del intercambio, es decir, de los cuales no se sabe apreciar el costo de producción.

Las porcelanas de China halladas en el centro de África, las plumas de avestruz que llegan a Europa, las "especias", atestiguan la naturaleza de ese comercio lejano. Paradójicamente, para este tipo de comercio la teoría subjetiva del valor —un sinsentido cuando se trata de intercambios modernos de productos de sociedades capitalistas— hallaría un sentido. La importancia de este comercio lejano, por otra parte, está lejos de ser despreciable para quien quiera comprender la naturaleza de las formaciones sociales que surgen ahí. Sociedades enteras —y no de las menores (Fenicia o Grecia antigua por ejemplo)— se fundaron sobre esta actividad de relacionar mundos que se ignoraban. En numerosas sociedades poco diferenciadas que disponen de un débil excedente, el control de los productos suministrados por este comercio lejano es esencial en la organización de la formación social. Es ése, especialmente, el caso de numerosas sociedades de África negra, como con gran intuición lo mostró Catherine Coquery.²⁰ Es también, sin duda, el caso de regiones enteras del mundo árabe islámico del Medioevo, especialmente del Magreb²¹ y, quizá, de otras sociedades como las de la Escandinavia bárbara o las de las estepas de Rusia y Asia tártaras. Comercio lejano asociado a menudo a la *razzia*, a la caza de hombres —los esclavos son entonces un importante producto de intercambios. Pero no hay que hablar ahí propiamente de especialización internacional, y en este sen-

tido el comercio lejano, aunque puede ser esencial para la comprensión de la naturaleza de las formaciones sociales, sigue siendo marginal, porque no interviene como elemento esencial de los modos de producción que son los compañeros del intercambio.

El intercambio internacional cambia de naturaleza con el capitalismo convertido en sistema mundial. Por primera vez en la Historia se puede hablar verdaderamente de especialización internacional, es decir de intercambio de productos cuyo valor —en el sentido marxista— es conocido. Ahora bien, la conquista del mundo por el centro capitalista pasó por etapas que tienen, cada una, sus características propias, a las cuales corresponden modos igualmente propios de especialización internacional entre el centro y la periferia.

La prehistoria del capitalismo, la época del capital mercantil que se extiende desde los grandes descubrimientos (siglo XVI) hasta la revolución industrial (siglo XVIII y XIX), asigna a la periferia (esencialmente a América y África, más tarde a la India inglesa) funciones específicas. El capitalismo, bajo su forma acabada (industrial), no podrá expandirse sino por el encuentro excepcional —¿fortuito?— de elementos dispersos del modo de producción capitalista: uno de esos elementos es la concentración de la fortuna mobiliaria, otro la proletarianización. Si este segundo elemento aparece como el resultado de la desintegración interna del modo de producción feudal de Europa, el intercambio internacional entré el centro capitalista en formación por una parte, su periferia y las formaciones sociales independientes puestas en contacto con él por otra —y el pillaje de la periferia—, jugará un papel esencial en la constitución de la fortuna mobiliaria necesaria para el paso a la etapa siguiente. Aquí, América suministrará primero brutalmente —por el pillaje— el tesoro de oro y plata. El comercio lejano se va a perpetuar en esta etapa, pero cambiará poco a poco de carácter. Primero permitirá que se constituya la fortuna de los comerciantes de los puertos del océano: holandeses, ingleses y franceses. Después se organizará, en provecho de ese comercio, la valorización de plantaciones en América, la cual exigirá la trata de esclavos, cuyo papel en el desarrollo del capitalismo es esencial.²² Que aquí se trata de modos de acumulación primitiva, es evidente.

Que modos de acumulación primitiva se hayan perpetuado a continuación, en las nuevas formas de la especialización internacional, parece tan poco evidente que creemos un deber insistir muy especialmente sobre este aspecto.

Sucede que de la revolución industrial a la conquista del mundo (1880-1900) transcurre un siglo que semeja una pausa: las formas antiguas (trata de esclavos, pillaje del nuevo mundo) desaparecen poco a poco; las nuevas formas (la economía "de tráfico" y la explotación de minerales) sólo adquieren forma lentamente. Se tiene la impresión de que Europa y los Estados Unidos se atrincheran en sí mismos durante un siglo, para cumplir la gran obra: el paso de las formas prehistóricas del capitalismo a su forma industrial acabada. El comercio que persiste en esta época parece, por otra parte, "igual": los productos son intercambiados a su valor (más exactamente a sus precios de producción en el sentido marxista); las remuneraciones del trabajo en el centro son muy bajas y tienden a ser reducidas a las "subsistencias"; los términos del intercambio, productos de ultramar contra productos ingleses manufacturados evolucionan, por otra parte, en una dirección conforme a la regla del intercambio igual, como ya se ha visto. En nuestra opinión, esta "pausa" se halla en el origen del descuido de Marx: Marx cree que la India debe convertirse en capitalista como Inglaterra; así pues, el problema colonial se le escapa.

El imperialismo —en el sentido leninista— hace su aparición cuando las posibilidades del desarrollo capitalista, dado el acabamiento de la primera revolución industrial en Europa y en América del Norte, terminan por agotarse. Entonces se impone una nueva extensión geográfica del dominio del capitalismo. La periferia, en su forma contemporánea, se constituye pues a la sombra de la conquista colonial. Esta conquista pone de nuevo en contacto —pero con formas nuevas— formaciones sociales diferentes: las del capitalismo central y las del capitalismo periférico en vías de constitución. El mecanismo de la acumulación primitiva en beneficio del centro toma forma de nuevo. Propio de la acumulación primitiva —por oposición a la reproducción ampliada normal— es, precisamente, el intercambio desigual, es decir el intercambio de productos de valor desigual (más exactamente de aquellos cuyos precios de producción en el sentido mar-

xista son desiguales). Esto significa que en adelante la remuneración del trabajo se va a volver desigual. Y efectivamente es así a partir de esta época. Esta nueva "especialización internacional" constituirá el fundamento del intercambio de las mercancías ("productos de base contra productos manufacturados" en una descripción superficial, exacta como primera aproximación solamente) y del movimiento de los capitales (ya que el agotamiento de las posibilidades de la primera revolución industrial coincide con la constitución de los monopolios, sobre los cuales Lenin habrá de insistir, que vuelven posible esta exportación de capital). El mérito de Rosa Luxemburg consiste en haber señalado estos mecanismos contemporáneos de la acumulación primitiva: en un sentido propio, el "pillaje del tercer mundo".

La época imperialista se subdivide en dos períodos: de 1880 a 1945, y después. Hasta la segunda guerra mundial, el sistema colonial impone formas "clásicas" a la división internacional del trabajo. Las colonias suministran los productos de la "economía de tráfico" (los productos agrícolas "tropicales" suministrados por los países de ultramar); el capital europeo va a invertirse en la economía minera y en los sectores "terciarios" ligados a esta valorización colonial (banca y comercio, ferrocarriles y puertos, deuda pública, etc.); los centros desarrollados suministran productos manufacturados de consumo. Nos parece muy simple demostrar²³ que tal sistema fue particularmente empobrecedor para la periferia y que debió conducir a un primer tipo de "bloqueo". Por otra parte, después de un primer período deslumbrante, pero breve —de 1880 a 1914— el capitalismo va a conocer una de sus épocas más estancadas (la entreguerra): el militarismo y la guerra surgirán como la única solución.

Después de la segunda guerra mundial se inicia un nuevo período de crecimiento deslumbrante del capitalismo del centro, fundado en la modernización en profundidad de Europa occidental (Mercado Común, etc.), y cuyo desajuste en relación con los Estados Unidos se había acentuado durante la guerra. Al mismo tiempo se quiebran las sujeciones coloniales. En ultramar, la instalación más o menos sistemática de conjuntos industriales livianos caracteriza a este período: es la política de "sustitución de importaciones" (producción de productos manufacturados anteriormente impor-

tados). Aquí, todavía, se permanece en el mercado mundial; solamente se modifican las modalidades de la especialización internacional: el centro suministra, por otra parte, bienes de capital que permiten esta instalación de industrias livianas. Aquí todavía, un "bloqueo" del crecimiento, fundado en último análisis en las exportaciones agrícolas y mineras de la periferia hacia el centro, es inevitable.²⁴

¿Tiende a su fin esta época? Así parece. En el país de la periferia las posibilidades de *import-substitution* se agotan, lo que se traduce en un alojamiento sensible de la industrialización y del crecimiento.²⁵ En los países occidentales del centro las tensiones "deflacionistas" semipermanentes que vuelven a surgir, como la "crisis de liquidez internacional", indicarían una pausa. El sistema capitalista mundial puede, por cierto, superar esta situación; no hay "crisis catastrófica" capaz de engendrar por sí misma el fin apocalíptico del sistema. Su búsqueda, por otra parte, procede hacia dos direcciones que, probablemente, van a conformar las modalidades del porvenir de la especialización internacional.

La primera de esas direcciones es la integración de Europa del Este en la red de intercambios internos del centro, su modernización. Por otra parte, evoluciones internas propias de esta región hacen posible esta integración, pese a que su forma (bajo la égida rusa o, por el contrario, en "la independencia" de los Estados al estilo Yugoslavia, etc.) sea objeto de luchas intensas. La segunda dirección posible es la especialización del tercer mundo en la producción industrial "clásica" (comprendida aquí la de bienes de capital), reservándose el centro las actividades ultramodernas (automación, electrónica, conquista del espacio, átomos). Nuestra época es, en efecto, la de una revolución científica y técnica²⁶ extraordinaria. Esto vuelve caducos los modos "clásicos" de la acumulación, señalados por el incremento de la composición orgánica del capital. El "factor residual" —la materia gris— se convierte en el factor principal del crecimiento. Esto significa que las industrias ultramodernas están caracterizadas por una "composición orgánica del trabajo", otorgando una participación relativa mucho mayor al trabajo altamente calificado, para emplear los términos muy claros de A. Emmanuel.²⁷ Los países subdesarrollados se especializarían, entonces, en las producciones "clásicas" que no exi-

gen más que el trabajo simple, comprendiéndose aquí a las producciones industriales "pesadas" clásicas (siderurgia, química, etcétera).

Tales son, pues, las diferentes modalidades pasadas, presentes —y quizá futuras— de una especialización internacional desigual que siempre traduce un mecanismo de acumulación primitiva en provecho del centro, manteniendo sin cesar a la periferia —aunque con formas renovadas— en su papel. Este mecanismo es el que, traduciéndose en una diferencia creciente en la remuneración del trabajo, perpetúa y acentúa el *subdesarrollo* de la periferia. Al mismo tiempo, este *desarrollo del subdesarrollo*²⁸ se traduce en una agravación de las contradicciones internas propias de las formaciones periféricas: una diferencia creciente en las productividades sectoriales en el seno de las economías periféricas, diferencia esencial para el análisis de las formaciones sociales del subdesarrollo.